

Parábolas desde las epístolas del deporte: consagración y determinismo tras la antorcha

Reneé De Lucca Reyes¹

Prólogo del libro *Epístolas desde el Deporte: Memorias de vida en el hacer deportivo puertorriqueño* escrito por la Dra. Daliana Muratti

Nuevamente nos sorprende la escritora Daliana Muratti con su reciente producción *Epístolas desde el Deporte: Memorias de vida en el hacer deportivo puertorriqueño*, adentrándose con gran maestría en el género epistolar. Una aventura literaria que emprende abriendo las compuertas del tiempo y del espacio para ofrecernos una visión nueva, la cara desconocida de esos grandes e ilustres deportistas, que forjaron el quehacer del deporte en aras de un compromiso de patria. Cada carta cuenta, dibuja una historia y cada historia, guarda su propia revelación que está en relación inmediata con sus experiencias, sus vivencias que como proyección holográfica se enmarca en varias dimensiones: el emisor, responsable del relato; el destinatario primero, el que recibe la misiva, recuerda o participa de los hechos que se cuentan; el segundo destinatario, el lector que recrea la información y el referente que es la narrativa propia del acontecer deportivo. Esta multiplicidad dimensional está sostenida por el narrador omnisciente, omnipresente que va caracterizando cada personaje dentro de su mundo, bajo matices enriquecedores de vida, que nos llega vestida de energía refrescante, llena de soles nuevos que acarician resplandeciente un coliseo, un estadio, un gimnasio, una pista, un cuadrilátero. Allí se nos presentan y conversan y comentan y viven nuevamente la mayoría de los destinatarios fallecidos. Muratti recrea las historias y como en un acto de palingenesia nos dicen presente y ¡de qué manera! Entre estas, abrimos la misiva que la narradora le escribe a José

¹ La autora es catedrática adscrita a la Escuela de Lenguas Modernas de la Facultad de Estudios Humanísticos, Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto Metropolitano rdelucas@intermetro.edu.

Celso Barbosa Alcalá acerca de las hazañas de su nieto José Celso Barbosa Muñiz, en ella aparece no sólo el pertinista valioso, ganador medalla de oro, en los VII Juegos Centroamericanos y del Caribe, sino también el académico reconocido, desde el campo de la filosofía hasta la especialización en autismo. Un intelectual, cuyo deporte *le sirviera como plataforma para continuar sus estudios, ser buen ciudadano y contribuir con sus conocimientos al bienestar de Puerto Rico.* - *¿Qué le parece Don Pepe?* Pregunta, la voz, que más que una interrogación es una exclamación de admiración para un final encuentro.

En ese archivo, la memoria se hace personaje que anima la conciencia e inspira esas escenas gloriosas dejando huellas perennes en el recuerdo colectivo, como parte de lo eterno, lo inmutable, lo inmortal. La narradora quiere hacer patente y evidente en el relato, el retrato, la prosopopeya de la figura del atleta en función de su ejercicio. Un ejercicio que conlleva una vida intensa, llena de sacrificios. Allí domina la práctica de la disciplina, el compromiso, la palabra hecha acción, energía y valor. Frases que caracterizan las virtudes de seres privilegiados que, como Orlando “Peruchín” Cepeda quedan marcados en el paisaje del tiempo. Presente permanece aquel memorable momento en que puesto de pie, con su uniforme de pelotero de los Gigantes de San Francisco, brazo firme, espera la bola, a la vez que se oye el narrador en Puerto Rico – Le corresponde el turno a su majestad, Orlando “Peruchín” Cepeda y –hay distancia, potencia y frecuencia en la caja de bateo. Al unísono, el grito grandioso, con esa “n” alargada de: ¡Jonnnrón! Tremendo jonrón. Puerto Rico celebraba la victoria, Peruchín vivía su sueño al recorrer las bases de aquel gran estadio, al mismo tiempo que una visión recorría toda su alma y le embargaba la emoción; estaba allí su padre mirándolo, admirándolo.... Peruchín era el gran pelotero que, a pesar de su dolencia en las rodillas, a pesar del pronóstico del médico, a pesar del vaticinio del apoderado de Ponce: -el hijo de Perucho no es pelotero, “ná”, llegó al Salón de la

Fama del Béisbol de Cooperstown -1999-. Al frente, su padre, como guardián celoso, de aquellas hazañas, fue el ídolo y la inspiración como gran pelotero que fue, asimismo se constituyó en motivo de vida y superación para su hijo. Una historia, dos vidas, dos lecciones ¡Qué modelos!

Historia que guarda un paralelismo al de Peruchín y su padre como mentor, es la de Edwin Rodríguez y su progenitor Ángel “Nego” Rodríguez. Fanático de su hijo y al que dedicó gran parte de su vida a trazar la ruta, el camino que había de seguir su hijo, quien llegó a ser parte del equipo de los Yankees de Nueva York en 1982 y más tarde, en el 2010, se constituyó en el primer dirigente puertorriqueño de las Grandes Ligas. Indudablemente que las diáfanas conversaciones con don Nego, en esas *tardes sabatinas...*, en *aquellas horas del claroscuro*, iban a constituirse en la piedra angular de su motivación deportiva. Un coloquio, después de cada juego, un analista deportivo, su padre, que luego de los aplausos de la madre, señalaba los aspectos que tenía que mejorar. Señalamientos y conversaciones que fueron de provecho y crítica constructiva tal y como lo declara el propio Edwin y citamos:

Conversaciones productivas que marcaron mi carácter. Coloquios que me ayudaron a entender que el juego del béisbol es como la vida misma. El fracaso es parte de lo cotidiano, tenemos que celebrar nuestras victorias y aprender de nuestros errores.

La sustantivación de toda esta trayectoria epistolar radica en que además de subrayar los logros y triunfos de los grandes deportistas se desliza subrepticamente en destacar la influencia que ejercen los padres y madres en el desarrollo del talento, de las actitudes, del carácter y del temperamento. Notamos como la voz narrativa la dirige en primer término en algunas de sus epístolas a padres y madres, ¿casualidad acaso? o ¿propósito premeditado?. En ese patrón, no se

escapa la figura paternal de Francisco Lind, don Pacolín, padre de un ser muy especial, que como nos describe la pluma de Muratti, naciera al compás del viento y flamboyanes danzantes.

Angelita Lind, reconocida como la gran corredora de pista y campo, una historia de triunfo, cuyo récord era marca de éxito y solo superado por ella misma. Aún prevalece en récord de 2.01.31 en los 800 metros. Varios de sus esfuerzos y logros se los dedicó a la Universidad

Interamericana, tenía un compromiso de corazón con aquella institución. Así lo demostró en uno de esos eventos competitivos, como en aquel que faltando solamente 50 metros, ya no sentía sus piernas, no les respondían: -caí- algo me decía que encogiera mis piernas y me arrastrara: pasé la meta y establecí marca. Fue el logro, tras las batallas física y mental que como dice la misma

Angelita: No triunfa quien no tuvo momentos difíciles, triunfa el que pasó por ellos, luchó y venció, porque confió en Dios para triunfar. Después de esa época dorada de los 80',

sobrevinieron lesiones en su cadera, una suspensión, restitución de sus derechos. Ninguna de esas situaciones fueron óbice para que se constituyera en méritos de reconocimientos, premios internacionales y elogios muy elocuentes que retrataron para siempre su entrada en la pista, resuenan todavía las palabras de doña Inés Mendoza de Muñoz Marín:

Cuando corres y corres, corren contigo en sangre acelerada, disparados ideales, frenéticos golpes de ensueños que suben de tu entraña estremecida para alcanzar la meta. Se te va saliendo el corazón de correr con esta carga en la que llevas el alma tuya, el alma de tu patria.

Palabras inspiradoras e inspiradas por ese ícono de gloria: Angelita Lind.

En la lista de ese pabellón de triunfos está apuntado un bailarín, suena particular o raro, pero lo cierto es que viene bailando al son del mambo, de allá de la zanja de San Antón, Ponce. Y grita Pérez Prado, y da la vuelta Luis Mambo De León y música y pies a la par, forman la fiesta. Que

no fue en el patio de su casa, que fue en 1981 cuando entró a las Grandes Ligas con el equipo de San Luis de la Liga Nacional. Y entró por la puerta grande, el lanzador que más participó en las Series del Caribe. Razones demás para ser merecedor de grandes premios y reconocimientos. Otro héroe en el béisbol puertorriqueño. Detrás, una figura era su apoyo, su animadora, su eterna admiradora, su defensora, y guardaespaldas, su progenitora, Doña Cruván, tal y como lo cuenta nuestra escritora, en aquella carta anecdótica. Todo aconteció durante un juego, cuando un fanático profería epítetos a su hijo, ella se levantó, le dio par de cocotazos y le dijo -a mi hijo se respeta- Un suceso que revive Daliana y comparte con Doña Cruván y con nosotros. Como bien afirma - ¡Recordar es vivir! *¿Verdad-doña Cruván? .. Gracias por ayudar a Mambo a construir sus sueños y hacerlos realidad.* La voz narrativa le anota una gran victoria a la madre como rectora, guardiana de aquel hijo inquieto, bailarín, deportista y que danzó al vaivén del béisbol.

Y como en acto de taumaturgia, de esa presentación epistolar, sale a relucir el primer medallista de oro en los primeros Juegos Iberoamericanos de Atletismo en el evento del lanzamiento de la jabalina, Emilio Navarro, Jr., cuyos pasos, tanto en el deporte como en la educación emularon a los de su padre, Millito Navarro, primer puertorriqueño en jugar béisbol profesional en las Ligas Negras del Este de los Estados Unidos cuya epístola se convierte en una historia de vida plegada de pobreza, situaciones familiares, económicas y sociales. Circunstancias que son las que precisamente constituyen la motivación de triunfar y obtener dinero para que su madre no trabajara más con un sueldo de \$6.00 mensuales. Pero llegó la recompensa vestida de gloria, no sin antes haber experimentado los sinsabores del racismo y la marginación por el color de su piel en Nueva York.

Deportistas que vivieron en condiciones y circunstancias precarias y que lograron vencer, de las cuales surgió otro gran pelotero, Juan Pachot, destacado en el béisbol y “softball”. Ganador de medalla de plata en los Juegos Centroamericanos y del Caribe del 1974, además de ser Campeón Bate Nacional en 1986, entre otros tantos méritos como deportista. Triunfos y reconocimientos que le permitieron su entrada a la Galería de los Inmortales del Deporte Ponceño y a la exaltación en 1997, tanto al Salón de la Fama de “softball” Aficionado como al Salón de la Fama Internacional de “softball”. Muratti le cuenta a su madre, Eleuteria Santiago de todas estas gratas recompensas que alcanzara su hijo, Juan, cuyos recuerdos se remontan aquel tiempo, en el cual las guaguas cobraban cinco centavos por persona. Dichosos esos días en los que su papá, lo llevaba los días de cobro y centavo a centavo, reunía la cantidad de cincuenta centavos que le daban los compañeros de trabajo de su progenitor, luego, iba Juanito y compraba cuatro pedazos de budín a centavo cada uno en aquella tiendita de Guaché.

Son historias que permanecen ahora en las páginas de la inmortalidad, pintadas para siempre en la memoria colectiva del deporte y que Muratti, muy bien ha reseñado como un homenaje más a tan excelsas figuras. Deportistas dedicados, rescatados del olvido por la pluma murattiana, como el gran boxeador Juan Evangelista Venegas, quien llenó de gloria a Puerto Rico, campeón del peso “gallo” en Nueva York y coronado con la medalla de bronce olímpica en los Juegos Olímpicos de 1948. Desfilan igualmente en esos escenarios del deporte figuras femeninas como Kiria Tapia, primera boxeadora puertorriqueña en obtener medalla de oro en los Juegos Panamericanos, 2011. Pero tal y como hemos visto en estos relatos epistolares, no todo es corona de laureles. En un momento de su vida personal, Kiria, resplandecía de felicidad con su maternidad, cuando la vida de su compañero le fue arrebatada por el destino, Ángel Cruz, su motivación, el que la veía pelear, entrenar, el que la animaba, no estaba más. Caía un telón, pero

se abría otro, Angelianys, su hija y ahora testigo de sus nuevos triunfos y reconocimientos.

Detrás, horas de agobio y sacrificios que aparte de su deporte, ejerce labor de madre y colabora en actividades filantrópicas en beneficio de los niños del residencial Monte Hatillo y de la Fundación de las Cabecitas Rapadas. Una gran deportista y excelente ser humano. Una historia fuerte, pero tierna a la vez. Así nos la contó Muratti en aquella carta dirigida a la hija de esa gran atleta del boxeo.

Si bien es cierto, que las mujeres han luchado por la igualdad de derechos, el tiempo que le tocó vivir a Carmen Olga Sánchez, fue nefasto para el género y la atleta, no estuvo exenta de sufrir esa discriminación, además de la económica – social en la forma más humillante y degradante que se pueda exhibir. Un suceso que se dio en los V Juegos Centroamericanos y del Caribe, 1946, en Colombia, cuando el equipo nacional femenino recién llegado al sitio de hospedaje fue separado en dos clases: la más alta de la más baja y allí estaba Carmen Olga, una de las participantes del equipo antes mencionado que obtuvo una medalla de oro. Pero el hecho más significativo fue aquél relacionado con asuntos del género, que tuvo como consecuencia que las mujeres puertorriqueñas no participaran más en el deporte internacional, además de la suspensión del apoyo para la organización y desarrollo del deporte femenino del país. La narradora subraya este hecho, con tono enfático en carta remitida al Sr. Julio E. Monagas y a quien le afirma que las mujeres forman parte del deporte y sus triunfos igual que los hombres y cito: *las mujeres son parte de la bandera deportiva boricua y sus triunfos son tan valiosos como los obtenidos por los hombres.*

Ah! Pero esta historia que se cuenta, ni siquiera la misma escritora la conocía y es su hermano que le pregunta -Daliana - ¿sabías que hay un atleta en Toa Baja que corre de espaldas? - ¿de verdad? ...sí, te voy a enviar unos retratos de Jorge Cruz. La pantalla holográfica se enciende y

desde el fondo surge ese corredor muy singular en su carrera. Corría de espaldas, una modalidad poco usual, pero ¿Cómo empezó todo este revuelo en el que el protagonista corredor de esta manera se interesara en ella? Simplemente leyendo la aventura de un japonés que había pasado al Records Guinness. Practicó en la playa, en la arena, en el agua, en la grama, en la trotadora, en las cuestas, bajadas y subidas y ganó y se convirtió en primer campeón mundial 10 K en “retrorunning” en el 2014. Toda una lección de perseverancia, de fe en sí mismo acompañada de la acción.

Muratti ha sabido transmitirnos esas experiencias a través de, un vocabulario sencillo y afectuoso, el cual permite que la prosa fluya y se recree en la anécdota, y se inserte en el dato histórico triste o glorioso. Pero hay relatos y relatos como el que nunca pensó en redactar Daliana. Al principio de esta gran experiencia literaria eran doce, las figuras heroicas que constituirían aquel mosaico del deporte puertorriqueño, pintado con el alma de atletas gloriosos. Debería descartarse el número trece, por todo lo que se pudiera pensar en su significación esotérica, pero no fue así, se incluyó la carta que nunca imaginaría Muratti que tendría ese remitente. Era una epístola escrita con las entrañas del espíritu y la fuerza pujante del amor y dice: *- hoy he traspasado las fronteras del valor y me he atrevido a abrir el cofre de mi corazón cerrado con el candado de los recuerdos.* Se deslizó aquella frase con el cálamo corriente del dolor, dolor interno con olores de recuerdos, con sabores de una vida y ¿el vacío? y ¿el alma? y ¿el corazón?. Era su gran modelo, era aquella figura, cuyo uniforme, en su niñez, estaba hecho de la tela del saco de azúcar, su pelota construida con hilos de media y cubierta con cinta adhesiva negra o esparadrapo. El otrora deportista, fanático del lanzamiento de jabalina, del “softball” y jugador por nueve años del béisbol profesional. Inscrito en el libro con el título que desde entonces lo inmortalizó en la historia del deporte: Chaguín Muratti: Un Receptor del

Béisbol Romántico Puertorriqueño. Esas letras iban impregnadas de orgullo y satisfacción, de una misión cumplida, de una hija hacia su padre. Daliana Muratti, en este epistolario, escribió y se describió y se entrevistó a sí misma en esta última carta... aquella que dirigió a su padre en su reciente partida en el 2015, cuando se proponía terminar este libro. Celebra en dicha misiva su vida con la que denominó un belén literario, con el amor de hija, con orgullo de familia, con madera del béisbol romántico, como bien lo describe Antonio Ramírez Córdova: *Chaguín Muratti: Estrella del béisbol romántico puertorriqueño... en esa "época en que los juegos de pelota eran una fiesta. No se le rendía culto al becerro de oro y los peloteros jugaban de corazón*. Una vida de entrega, de modelaje, grabada para siempre en todos los corazones que así lo quisieron y así lo recordarán. Quedan plasmadas todavía esas palabras en la apóstrofe al final de la epístola. Es ese llamado que traspasa el alma, que condensa el llanto y que el amor recupera y retorna al nuevo recuerdo a ese papá, papito. - Gracias por haber sido ejemplo, por tu buen humor, por haber seleccionado una gran mujer como mi madre, por haber sido un gran pelotero... por tatuar tu amor en mi corazón. La anáfora es una elegía en su más profunda expresión de amor.

La obra de Daliana Muratti quedará impresa en láminas de oro, esculpidas con las más significativas historias del deporte puertorriqueño, donde palpitan seres llenos de vida que entonan el himno de la gloria y abrazan la luz permanente de la victoria; como aquellos crisantemos de los que habla Macho Basho en su haikú:

*Los crisantemos
se incorporan etéreos
tras el chubasco.*